

José Morella

**West End**

 Siruela

Nuevos Tiempos

## Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2019

El Jurado calificador del Premio Café Gijón compuesto por Dña. Rosa Regàs, Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. José María Guelbenzu en calidad de presidente y actuando como secretaria Dña. Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerda:

Otorgar por mayoría el Premio de Novela Café Gijón 2019 a la novela *West End* presentada por José Morella.

La necesidad y el deseo de descubrir el misterio que siempre ha rodeado la figura de su abuelo «loco» empujan al narrador a contar la manera de ser y funcionar de su familia. Es un recorrido por la posguerra, la emigración de andaluces a Ibiza y la transformación que sufrió la isla con la llegada del turismo masivo. El autor propone una trama muy bien construida, que entrevera las historias del narrador y del abuelo con una naturalidad muy convincente.

Café Gijón, Madrid, 11 de septiembre de 2019

MERCEDES MONMANY

ANTONIO COLINAS

MARCOS GIRALT TORRENTE

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

ROSA REGÀS

*The night is beautiful,  
so the faces of my people.*

*The stars are beautiful,  
so the eyes of my people.*

*Beautiful, also, is the sun.  
Beautiful, also, are the souls of my people.*

LANGSTON HUGHES

No es fácil poner orden en una casa. A menudo nos engañamos al respecto. Decimos que estamos ordenando pero en realidad nos limitamos a esconder las cosas, a quitarlas de nuestra vista. Archivamos recibos sueltos, recogemos una prenda de ropa o colocamos en los estantes los libros que hemos ido dejando en el sofá. El verdadero orden no tiene nada que ver con eso. No ocurre casi nunca y requiere de una gran entereza de ánimo. Nos enfrentamos a muchas cosas. Puedo toparme con fotos y cartas de alguna antigua novia, diplomas y apuntes de la universidad, postales de viejos amigos a los que ya no veo, manuscritos inéditos de poemarios y novelas, un Scrabble que compré para jugar con mi hermano cuando él era un niño y yo ya no lo era. Considerar la existencia de esas cosas significa consignar varios Joses muertos. La mente tiende a hacernos creer que nuestra identidad es algo concreto y bien definido. Que somos alguien sólido y estable. Pero no es tan sencillo. El universitario rebelde, deslenguado y terco de 1994 ha desaparecido de *mi* vida por completo. Está cadáver. El bisoño profesor que enseñó filosofía a un curso de segundo de bachillerato en 1998 es un

fiambre. El hombre que fue la pareja de mi ex y que hasta cierto punto se me parece falleció hace diez años. Conservo una para nada despreciable cantidad de objetos en mi casa únicamente para poder hacerme el sueco y seguir ignorando que todos esos Joses son tan solo imágenes mentales. Entes cuya realidad es equiparable, a lo sumo, a la de personajes de ficción.

Poner en orden lo que sé de la vida de Nicomedes Miranda también es así. Todo está repleto de elementos sueltos e incoherentes que se derriten ante mis ojos a poco que les preste atención. Historias fosilizadas a fuerza de repetir las decenas de veces en la familia. Lugares mitificados, anécdotas agrandadas, recuerdos inconexos de mi infancia y mi adolescencia. La diferencia está en que todas esas cosas, al disponerlas juntas y observarlas con cierta distancia, parecen decirme algo nuevo. Algo que me hace albergar la esperanza de que se calle de una vez el niño llorica, quejoso y preguntón que vive en mi interior.

Voy a escribir un libro sobre el abuelo Nicomedes, le digo a mi madre por teléfono. ¿El abuelo?, repite ella como si hubiera olvidado el significado de esa palabra. Calla por un instante y luego, vivaz y entregada como tantas madres mediterráneas respecto de sus hijos primogénitos idealizados, me dice: muy bien, niño, me parece la mar de bien.

Un día, cuando tendría unos siete años, la madre de Nicomedes lo mandó al río para que les diera de beber a los mulos. Uno de los mulos se inquietó y se negó a seguir camino. Lo más probable es que viera cruzar un alacrán o una culebra. Nicomedes se puso a tirar de la soga con todas sus fuerzas. El mulo permanecía inmóvil como si tuviera las

patas enraizadas a la tierra. Cuando se cansó de tener a un niño tironeando de él, con un brusco movimiento de cuello hizo que Nicomedes saliera disparado. Se dio un trastazo contra el lomo del otro mulo y cayó de bruces al suelo. Recibió el golpe justo entonces, cuando iba a incorporarse. La coza del animal impactó unos milímetros por encima de su ceja izquierda. No quebró ningún hueso, pero desgarró la carne. La ceja y el principio del párpado quedaron colgando. La sangre le resbalaba hasta el suelo por la cuenca del ojo y por la mejilla. Mama, ya es suficiente, le digo. Pasemos a otra cosa. No, niño, me contesta. ¿Quieres que te lo cuente o no? Tu abuelo estuvo escondido todo el día. No lo encontraron hasta la noche. Muerto de miedo y con la ceja repegada a la carne.

¿Por qué?, le pregunto. No lo entiendo. Otro niño habría vuelto a casa corriendo, con un paño o una prenda liada a la cabeza, y se habría dejado caer llorando en brazos de su madre. Él hizo justo lo contrario. ¿Cómo que por qué?, me contesta. Pues porque tenía miedo de que su madre le diera una paliza. Por eso.

Me viene a la memoria la ocasión en que resbalé con el musgo de las rocas de la playa y me abrí la barbilla. Yo tendría unos quince años. Justo después del golpe sentí una bajada repentina de la temperatura corporal y un chispazo de desconexión de la realidad. El mundo pareció detenerse. Por un segundo pensé que toda esa sangre que me corría por el pecho y la barriga no era mía. Ese tipo de accidentes nos dan atisbos de la verdad: nuestro cuerpo no es nuestro. Colapsará tarde o temprano. Esto lo vemos un instante y luego lo olvidamos. Es urgente cerrar la herida,

pero más urgente aún es cerrar esa nítida visión de nuestra naturaleza.

A la madre de Nicomedes, mi bisabuela, sus nietos la llaman Mamacarmen. Mamacarmen tenía siempre una correa colgada en el respaldo de una silla de madera. Siempre visible y al alcance de la mano. Eso era lo que le esperaba a Nicomedes cuando volviera a casa. Correazos. Mi madre dice que Mamacarmen era una persona buenísima. Mama, le digo, sería buenísima, pero esta historia de los mulos y de la correa es un poco fuerte, ¿no? Qué va, niño, me responde. Es que en aquella época toda la gente era así. A los hijos se les pegaba. Pero Mamacarmen era muy buena, te lo digo yo.

Aunque sé que en aquella época pegar a los niños no estaba tan mal visto como ahora, no puedo evitar el disgusto que me provoca la correa de Mamacarmen. Es algo visceral. Me molesta que forme parte de esta historia. Querría censurar el asunto, evitárselo a los lectores y a mi familia. Evitármelo a mí.

No le dieron puntos de sutura. Se recolocó la ceja en la frente lo mejor que pudo y se metió en el río para lavarse. Presionó con su camisola la herida para cortar la hemorragia. Estaba solo. No lloró. La ceja no cicatrizó en su lugar natural sino un poco más arriba. Esto se observa en varias de las fotos que conservamos de él, pero donde se distingue con más claridad es en la foto del libro de familia, tomada poco antes de casarse, en 1945. Tenía treinta y tres años. En su rostro hay una inseguridad abismal. La boca está entreabierta. Parece a punto de expresar asombro, pero no acaba de hacerlo. Su ingenuidad es tan patente como un rasgo físico, como el color de los ojos o la forma de las orejas. La

ceja izquierda, claramente más alta, contribuye a su aire de candidez. Parece una rara marca de esclavo, algo puesto ahí para ser visto, para que los otros reconozcan a Nicomedes por su carácter, por su forma de estar en el mundo, por su *problema*.

Me llama la atención que los animales de la anécdota fueran justamente mulos. Los burros, los mulos y los burdéganos son más resistentes que los caballos, pero menos sensibles. Cuando están en apuros, los caballos pueden dar muestras de inquietud a los jinetes. Intentan comunicar que les está pasando algo. Los asnos hacen lo contrario. Son capaces de esconder el dolor físico y de no mostrar señales de malestar hasta que están al borde de la extenuación. Bajo su aparente seguridad se oculta una imprudencia casi suicida. Para sobrevivir conviene ser como el caballo. Pedir ayuda cuando es necesario. Confiar en los otros. Mostrarse vulnerable. Lo blando es superior a lo duro. Parece ser que hay personas mulo y personas caballo. Niños mulo y niños caballo.

Algo que puede decirse con cierta objetividad sobre la isla es que la gente va allí desde hace siglos en busca de algo. Personas aventureras, confundidas, esperanzadas, agotadas, insatisfechas, perdidas. Todas buscando. Algunas sin saber qué buscan siquiera y muchas otras creyendo que lo saben pero sin saberlo. Mi padre me ha contado cosas de cuando llegó él. Trabajó de camarero, de electricista y de vendedor de enciclopedias puerta a puerta. Un policía municipal que frecuentaba el bar donde él trabajaba le sugirió que se presentara a la convocatoria de examen para entrar en el cuerpo. Anímate, Pepe, le aconsejó, es un trabajo fijo. Van a abrir un retén en San Antonio y vais a ser los primeros policías que habrá allí. Mi padre pasó el examen con la nota más alta. Era el único aspirante que había terminado la escuela primaria. Todos ellos eran forasteros. Ningún isleño quería ser policía.

Los llamaban *porreros* porque al principio no llevaban pistola. Solo porra. Mi padre había nacido en Barcelona y era el único policía de su promoción capaz de llegarse con el Land Rover hasta las casas en medio del campo, alejadas

de todo, y hacerse entender en la lengua materna de la gente de la isla. Eso facilitaba las cosas. Generaba confianza. Había que asfaltar un camino que pasaba por una finca, por ejemplo, o un propietario tenía que pagar unas tasas municipales, o alguien había muerto y un familiar tenía que reconocerlo. Entonces mandaban a Pepe el Catalán. Pero la confianza no es algo que se gane de un día para otro. Una de las primeras veces le recibieron disparándole cartuchos de sal con una escopeta. Otro día le azuzaron cuatro o cinco perros. Llegó corriendo al Land Rover y se encerró dentro. Oía los latigazos de su propio corazón en el pecho y los ladridos de los perros que daban vueltas alrededor del vehículo. Era gente de campo, buena pero dura. Con suficientes razones para desconfiar de unos forasteros bigotudos uniformados a los que no conocían de nada y que venían con porras a decirles lo que había que hacer y dejar de hacer.

La isla de aquel tiempo se parecía bastante al lejano Oeste. El alcalde del pueblo donde yo crecí sería el equivalente al *sheriff*. Llevaba una pistola ceñida al torso, oculta bajo la chaqueta. Una melena blanca y no del todo limpia que le llegaba por los hombros. Siempre sudando, el bigote canoso amarillento por la nicotina, la corbata ni recta ni apretada. Bebedor lento pero constante de whisky y de ginebra. Su risa hacía que la gente se sintiera amenazada. Parece ser que los *hippies* que hicieron famosa la isla en aquella época tardaron poco en dejar de venir por San Antonio. Estaban por todas partes, en San Vicente, en Jesús, en Benirràs. Pero cuando aparecían por el pueblo el mismísimo alcalde los recibía a tiro limpio y los miraba correr riendo a carcajadas.

No puedo evitar imaginármelo como una caricatura, como el delirante personaje de un cómic de Francisco Ibáñez. O tal vez como un viejo verde de esos que salían en las películas españolas del destape: con el revólver en la mano, dando tiros al aire y persiguiendo a un par de mujeres jóvenes sin saber él mismo si corre tras ellas para ahuyentarlas o para acosarlas.

Malas lenguas dicen que estranguló con sus propias manos a un enemigo personal en un ataque de rabia y que lo colgó de un árbol para simular un suicidio. Luego llamó al forense y una hora después estaban los dos, junto con un oficial de la Guardia Civil, delante del algarrobo del que colgaba el muerto. El hematoma en el cuello no guardaba proporción con la guita fina de la que estaba colgado. La cabeza estaba en una posición distinta a la característica postura de los ahorcados, sin dislocación en la base de la cabeza. El forense puso una mueca de sorpresa y se pasó los siguientes minutos observando el cuerpo y haciendo comentarios: que si esto parece raro, que si aquí hay algo que no cuadra, que si habrá que llevarlo a analizar, que si deberíamos llamar al juez de guardia. El alcalde perdió la paciencia y lo agarró literalmente de la oreja como a un niño pequeño. De la oreja lo arrastró hasta otro árbol que había a unos metros y lo empujó contra el tronco. Le puso el brazo bajo la barbilla y le habló a medio centímetro de la cara. Sacó la pistola del interior de su americana y se la apoyó al forense en la sien. El hombre lloraba de miedo. Al guardia civil le divertía la escena. No se alcanzaba a escuchar lo que decía el alcalde porque susurraba, pero sí se advertía que los susurros estaban llenos de ira. Si se puede susurrar gritan-

do o gritar susurrando, eso es lo que el *sberiff* hacía. Casi asfixia también al forense. Al retirarle el brazo del cuello el hombre quedó encogido y tembloroso. Lloriqueaba y cogía bocanadas grandes de aire al respirar. El pistolero seguía apuntándole. Venga, date aire, le dijo. Abrió su maletín con torpeza pero todo lo rápido que pudo. Sacó un papel y lo firmó. Estaba tan asustado que la firma parecía un garabato de niño. El alcalde le obligó a volver a firmar. Se acercaron al vehículo para que apoyara el documento en el capó. Volvió a rayar el papel y lo entregó. No levantaba la mirada del suelo. Prefirió echar a andar por el camino en lugar de volver con ellos en coche. Le temblaban las piernas y se tambaleaba de miedo.